



Flotando, 1.50 × 1.00 m, mixta/masonite, 2005.

La Colmena na janela

Sección a cargo de Sergio Ernesto Ríos

Wilson Bueno

NACIÓ EN JAGUAPITÁ, Brasil, en 1949. Ha publicado *Bolero's Bar*, *Manual de Zoofilia*, *Mar Paraguayo*, *Jardim Zoológico*, *Cristal* y *Meu Tio Roseno a Cavallo*. Tuvo una intensa labor como editor y periodista cultural.

En el prólogo que Paulo Leminski escribiera a *Bolero's Bar* enmarca el sello particular de las obras en prosa de Wilson Bueno: "Lo suyo fue siempre un estado limítrofe entre la poesía y la prosa, entre el registro de la realidad y un alto voltaje de metáforas e imágenes, de resonancias líricas, una 'twilight zone'. Un texto, que un día llamé 'andrógino': el masculino de la prosa y el femenino de la poesía, desembocando en el mismo delta".

NEGRIM

Procura-se por entre baldios e arvoredos do suburbio, pelos ônibus, favelas, mercearias, conjuntos habitacionais, vendas, bosques, botecos, pelas ruas da cidade, procura-se obsessiva e febrilmente aquele mínimo pedaço de gente de olhos pretos e cara preta, o pixaim arrematado por duas trancinhas de laçarote vermelho. Procura-se principalmente quando o entardecer põe gente apressada nas ruas do bairro e ela, quase insignificante, só não passava despercebida porque a cor profunda chocava-se com a última luz do dia e lhe iluminava, insólito, um riso branco. Tamanho pequeno fio de gente não pode sumir-se assim sem mais nem menos. Precisa dela o poeta vagau, para que não pira, nem que seja exclusivamente pelos olhos que, sem falar, abriam-se escuros como a pele – não se sabe com que precoce receio da diferença. Ou seria um jeito pedinte e silencioso de examinar este incomparável mundo de adultos que brancos fazem?

O fato é que, na hora rude em que a tarde cai, de súbito, ela lá estava – sentada no batente da casa, com esta precisão horária comum somente aos loucos,

às crianças e aos desenganados. E era de tal modo solene o jeito com que ela olhava para o outro lado da rua, que a um observador mais atento não escaparia como seus olhos viam muito além do que exergavam. Duzentos mil anos depois ela poderia ser a ancestral de uma mulher! Pequeninina e só, talvez fosse apenas uma menina lutando contra a tarde. Isto os meus olhos suportavam atrás dos óculos espelhados – escondido e ao largo dela, como quem consegue colher, ao sol se pondo, uma espontaneidade toda virgem. Então é que lhe acontecia sorrir, à minha passagem, não porque me achasse engraçado, mas provavelmente porque eu era a única pessoa no mundo que a imaginava rigorosamente sozinha. Não que fosse órfã, e dentro da casa, de janelas sempre cerradas, certamente moviam-se os pais. Ela tinha razão: difícil não considerá-la uma sombra de olhos arregalados.

Sei que, como os esquizos e os estranhos, o seu relógio de contar a vida é diferente. Mas já tentei outros horários, apartei a campainha da casa com uma desculpa no bolso, rondei a noite em busca de uma janela ou a fresta iluminada de uma porta que fosse, e nada. Confesso que evitei os vizinhos, encabulado com que a menina existisse, de repente, apenas na projeção sombria de um adulto e os seus óculos espelhados. Sobretudo por isso é que se procura, já nos quatro cantos da city, uma negrinha que quase nos cabe na palma de mão, mas já sabe que a vida pode ser apenas o silêncio cambaio de um homem tímido.

E se beijam, dedos e bocas, panças e seios, com a delicadeza de bichos entretidos tão só e exclusivamente – toda a existência – nos jogos e mimos de amar.

OS NÁCARES

Estes pequeninos monstros vibram em exclusivo na ausência de luz.

Inteiramente nacarados, são do tamanho de um punho fechado de homem e agitam-se, na sombra, estrepitosos e muito leves.

Há registros que dão os nácares, de par em par, saltitantes e inverossímeis, pululando os cantos das casas senhoriais ou dos velhos apartamentos.

O escritor Jorge Luis Borges, zoólatra profissional, confia que, já inteiramente cego, certo entardecer em Maipú, chegou a ver nítidamente um casal de nácar entre o pé de uma mesa e a base de uma poltrona.

Mexiam-se, invisíveis aos olhos – cheios de luz – dos que enxergavam e, segundo Borges, nunca jamais poderiam supor que os testemunhassem em sua ingenuidade escondida, os olhos leitosos de um poeta cego, às quinze para as seis de um demorado crepúsculo em Buenos Aires.

NEGRITA

Se busca entre los baldíos y las arboledas del suburbio, por los autobuses, arrabales, tiendas, conjuntos habitacionales, bodegas, bosques, bares, por las calles de la ciudad, se busca obsesiva y febrilmente aquel pedazo mínimo de gente de ojos negros y cara negra, el crespo rematado por dos trencitas de lazos rojos. Se busca principalmente cuando el atardecer pone gente apresurada en las calles del barrio y ella, casi insignificante, sólo no pasaba desapercibida porque el color profundo se contrastaba con la última luz del día y le iluminaba insólita una risa blanca. Ese pequeño hilo de gente no puede desaparecer así, ni más ni menos. La necesita el poeta zángano, para que no alucine, aunque sea exclusivamente por los ojos que, sin hablar, se abrían oscuros como la piel – no se sabe con qué temor precoz de la diferencia. ¿O será un modo mendicante y silencioso de examinar este incomparable mundo de adultos que hacen los blancos?

El hecho es que, en la hora ruda en que la tarde cae, de súbito, ella estaba allá –sentada en el batiente de la casa, con esa precisión horaria común solamente a los locos, a los niños y a los desengañados. Y era de tal modo solemne la forma en que ella miraba para el otro lado de la calle, que a un observador más atento no escaparía como sus ojos veían mucho más lejos de lo que percibían. ¡Doscientos mil años después ella podría ser el ancestro de una mujer! Pequeñita y sola, tal vez era apenas una niña luchando contra la tarde. Esto soportaban mis ojos detrás de unos lentes de espejo –escondido y a lo lejos de ella, como quien consigue recoger, cuando el sol se pone, una espontaneidad toda virgen. Entonces sonreía, cuando yo pasaba, no porque me creyera gracioso, sino porque yo era la única persona en el mundo que la imaginaba rigurosamente solita. No por orfandad, dentro de la casa de ventanas siempre cerradas, ciertamente se movían los papás. Ella tenía razón: difícil no considerarla una sombra de ojos bien abiertos.

Sé que, como los esquizofrénicos y los extraños, su reloj de contar la vida es diferente. Pero ya intenté otros horarios, vigilé la campana de la casa con una disculpa en el bolsillo, rondé la noche en busca de una ventana o la ranura iluminada de una puerta cualquiera, y nada. Confieso que evité a los vecinos, avergonzado de que la niña existiera, apenas en la proyección sombría de un adulto y sus lentes de espejo. Sobre todo es por eso que se busca, ahora en los cuatro cantos de la *city*, una negrita que casi nos cabe en la palma de la mano, y sabe que la vida puede ser apenas el silencio tambaleante de un hombre tímido.



LOS NÁCARES

Estos monstruos pequeñitos vibran únicamente en la ausencia de luz.

Por completo nacarados, son del tamaño de un puño cerrado de hombre y se agitan, en la sombra, estrepitosos y muy ligeros.

Hay registros que muestran a los nácares, de par en par, dando saltitos e inverosímiles, pululando los cantos de las casas señoriales o de los viejos apartamentos.

El escritor Jorge Luis Borges, zoólatra profesional, confía que, ya enteramente ciego, cierto atardecer en Maipú, pudo ver nítidamente a una pareja de nácar entre el pie de una mesa y la base de una poltrona.

Se mecían, invisibles a los ojos —llenos de luz— de los que miraban y, según Borges, nunca jamás podrían imaginar que los atestiguasen en su ingenuidad escondida, los ojos lechosos de un poeta ciego, a las seis menos cuarto de un demorado crepúsculo en Buenos Aires. LC